

LA REVOLUCION ESPAÑOLA

Explicación y comentarios

Para conocer el proceso de la revolución transaccional que ahora empieza, lo primero es saber la verdadera historia de España. Como no se enseña en parte alguna, ignoramos. Esta ignorancia es la causa de los continuos traspiés de nuestros intelectuales, quienes por no saber qué es España, de dónde viene, a dónde la han conducido y qué rumbo ha de seguir, han fracasado como guías y como constructores.

La historia de ese fracaso es la de la República del 16 de abril, que no fue revolucionaria, sino apenas prólogo de la revolución. La revolución empieza públicamente en julio de este año de 1936.

La ha producido la inferioridad de sus clases superiores (había aquí latente apenas), causante de una decadencia política y espiritual, cuyo origen nadie quiso indagar, y desde ahora debería porvenir al dominio de los de arriba ha correspondido al ascenso constante del nivel

mental y moral de los de abajo. Esta inversión, iniciada ya en los últimos años del siglo anterior, tenía que producir la era social.

Faltaba la ocasión, esto es la aparición del rayo de luz, revelador. No lo fue el catastrofe colonial por la insuficiencia del elemento ascendente (escaso numéricamente y en estado inorgánico); estuvo ya a punto de serlo la de Marruecos. El año 17 sonó el primer trueno, pero la tempestad no se desencadenó aún. El 23, para empezar, pues se la vio a punto de estallar, hubo que apelar a la Dictadura de Primo de Rivera. Pero en vez de aplazarla se aceleró su marcha.

Primo era la encarnación personal de la clase a que pertenecía. Se le puso en sitio en que pudiera ostentar esa representación sin trabas ni atenuaciones. De aquí la catástrofe.

Primo era la idiosincrasia de los Cuartos de Bandera, puesta en medio de la calle para que toda la gente la viese, la admirase y se riese. Yo la conocía de antiguo y por algunos de sus más pintorescos ejemplares, pero no el pueblo. Primo se descubrió al pueblo con sus discursos y con sus actos, pero sobre todo con sus comunicados de inserción obligatoria. Muchas necesidades publicaba la Prensa, pero con aquilatas del dictador no había competencia. Primo despreciaba a los intelectuales; pasaban los intelectuales en la misma moneda; buena parte del público estaba ya hastiado de intelectualismo y de anti-intelectualismo; de aquí por insubstancial; de este por grotesco.

Y en una gran masa de ciudadanos nació, se extendió y ahondó, esta idea tremendamente revolucionaria: no es hombre el que vive esclavo de tales majaderías.

Los que esto pensaban y además de pensarlo sentíanlo (sentir además de pensar es lo que diferencia el alma viva del alma muerta, o meramente intelectual, que es lo mismo), rieron hasta saltárselos las lágrimas. Y nada tan mortífero como la carcajada colectiva. Primo de Rivera, pasando su alma desnuda por las calles, se había suicidado.

Pero también había dejado moribunda a la clase social por él representada, y a la que, al confesarla la censura de libros y periódicos, había puesto en el caso de dar la medida de su estolidez e ignorancia.

El 14 de Abril, Primo de Rivera, estaba muerto y el Ejército enfermo de gravedad.

Claro que la infección dictatorial le había cogido al pobre con poca salud. Desarrollado en las guerras coloniales, y no más feliz en las anteriores, había venido de las Antillas y de Filipinas tan orgullosos y fanfarróns como el volterreo de conspirar el mundo. Asalto redaccional; amansado con el estajo al Congreso; nos impuso, declarándose intangible, la ley de Jurisdicciones; luego las Juntas de Defensa. Con razón pudo decir Costa, «que España era una nación prisionera de su propio Ejército».

Pero no sólo a él estábamos sometidos. Teníamos sobre nosotros la Iglesia, las organizaciones bancarias, las oligarquías políticas, la máquina aplastante del Estado, la burocracia (así con dos rr, es más castiza y más verdad), montada para sacarnos el dinero a nosotros y distribuirlo entre nuestros parásitos. Y todo esto no era sino el resultado de la Reconquista, o sea de la invasión de los hombres del Norte, que nos habían impuesto, para libertarnos, la constitución feudal en su propia de la raza aria; después de Europa, pero que trae una veta semita: la doctrina de la Iglesia Católica vagamente inspirada en la de Jesús de Nazareth, de la que el tiempo y las influencias griegas, romanas y germánicas la iban apartando.

Arriba todo eso. Abajo el pueblo español conquistado y explotado, perseguido y castigado bárbaramente a la menor señal de rebeldía. Recordemos las matanzas de Méjico y Ju-

díos, españoles auténticos, mucho más españoles que los reconquistadores, muchos de ellos descendientes de los franceses y alemanes que habían colaborado en la Cruzada.

Pues bien, todo eso, la España tradicional de Gil Robles, es lo que se ha hundido, y de entre las ruinas surge robusto y ansioso de vivir su verdadera vida, el pueblo español.

Aquel hundimiento y este resurgimiento son nuestra revolución.

La Iglesia Católica, alma y cerebro del conglomerado superpueblerino que nos ahogaba, ha ejercido una acción destructora paralela a la del Ejército y quizá más eficaz, aunque menos visible.

Era la educadora; la formadora de las conciencias y de los cerebros. Incautos de este magisterio hace unos 1.500 años, reinando el godo Recaredo, siervo suyo, y sólo hubo de abandonarlo cuando imperó el Califato de Córdoba. Pero disuelto éste, le retomó más absolutamente que nunca. Buena única de los espíritus hasta mediados del pasado siglo (cerca de diez siglos consecutivos) y casi única hasta los alhores de la catástrofe, ella ha fabricado el tipo de español castizo y culto, aristócrata, es decir, soldado y político.

Y ahí está el tipo. Una mezcla de pícaro (listo necio), de culto pedante, verboso y desorientado ante la vida (bruto adulterado por el estudio), parásito del presupuesto (ilustre personaje político o maestro de peridismo), obediente únicamente a la ley de las cuatro Bs, anunciada por mí hace muchos años, en un periódico de Barcelona, de cuyo nombre no quiero acordarme: Botella, Bragueta, Bayeta, Botillo.

Y por fin ha salido a escena en todo su esplendor. Contémplo y admirado compañero lector. Si viste uniforme se apodera de la nación y la equita. Si no se deja esquivar la maza. Su lema es el del bandolero profesional: «La bolsa o la vida». Si se envuelve en la sotana arrembala con cuanta moneda circula descuidada, y avaramente la guarda en sus antros, donde ahora la hallamos en hacimientos de cientos de millones. Era el producto de la estafa del vicio al otro mundo con puesto asegurado junto al Padre Eterno; el más lucrativo de los viajes turísticos. Finalmente, había el hombre de frac y condecoraciones, el político distribuidor de cargos nutritivos entre la pillería social sin uniforme ni sotana.

El pueblo podía cantar a este terceto, formado por la enseñanza jesuítica:

No hay portamonedas  
Que seguro está,  
Cuando lo diques  
fino de los tres.

No aquí lector el producto de 15 siglos de pedagogía católica. España era lo que sus amos y maestros la habían hecho. Con razón podía decirlo el secular pedagogo lo que el personaje de los Sobrinos del Capitán Grant, al oficial paraguayo:

«¡Es usted el que los instruyó...! Pues es usted un animal».

Por tanto, el único español que ha progresado en saber, en discernir, en carácter, en sentimientos nobles y elevados, ha sido el hombre del pueblo, el que se ha instruido y educado a sí mismo, el que ha podido escapar a la influencia idiociente de la enseñanza oficial.

Por hombres libres, son los que han hecho la revolución, aprovechando hábilmente la calma constante de los cultos hacia la estulticia. La tarea de los revolucionarios consistió en modelar el nuevo tipo de español.

En España hay un Gobierno. Dos gobiernos hay en España que facilitaron al pueblo anarquista de poderes revolucionarios para combatir al fascismo hasta su total exterminio, pero el fascismo aun no se ha liquidado, no ha desaparecido aún. Conserva entre sus garras pueblos y ciudades, campos y cosechas, armas y municiones en calidad y cantidad distribuidas entre frailes y curas; entre cruces y escapolarios, entre fajinos y estrolios que huelen a sangre y corrupción, a exterminio de todo lo noble y bello del arte y la naturaleza.

Si a lo expuesto añadimos el hambre que se aproxima, el cuadro no puede ser más edificante, ya que el hambre es propio de todas las revoluciones que como ésta lo son, apenas que lo sucedido en España no hubiera repercutido tanto en las naciones extranjeras y se hubiera limitado sólo a una simple revuelta, pero la realidad es otra y así ser oire. Los hechos no pueden ser los mismos. A mayor destrucción, mayores son los efectos.

Aquí el problema constructivo. Aquí la escuela y la escuela. Aquí también el saneamiento público.

Las tentaciones ahora son imprecendentes, innecesarias. Las tentaciones son completamente absurdas en estos momentos tan precisos. El hombre que se lamenta y no ejecuta, no es revolucionario.

La acción inmediata es una de las armas más principales, para que la revolución no se detenga hasta conseguir sus objetivos.

Lo peor es imponer a los inconvenientes otros inconvenientes que detengan o traten de detener la gran avasalladora humana emprendida por millones y millones de obreros.

Si los hombres que inmediatamente descomponen los cargos de responsabilidad, desde el Gobierno central, no fueran de mala fe, de mala fe, se aseguró que la revolución llegaría triunfante a la meta.

Libre acuerdo o libre desacuerdo; pero en este último caso, en vez de chocar entre sí los anarquistas que están en desacuerdo porque no son afines, que trabajen cada uno en su actividad antiafascista efectiva sin chocar con otro. Este otro puede ser otro anarquista. La guerra de ideas debe ser una guerra de ideas.

LA ORATORIA INUTIL

Días pasados, nuestros compañeros de «Acracia», de Lérida, publicaron en aquel paladín una requisitoria contra los oradores y la oratoria.

Nunca como en periodos de guerra aparece en todo su carácter grotesco la libreta del orador, que se permite la fácil libertad de lanzar desde la tribuna frases olímpicas contra el enemigo, mientras en el frente ha de tratarse a éste por un procedimiento muy distinto.

Todas las guerras y todas las revoluciones se han perdido cuando, en vez de afrontarse la situación silenciosamente en el campo de batalla, se quiere afrontar cobardemente desde la tribuna. La Comuna de París, en 1871, se perdió porque los clubs de charlatanes sustituyeron a los combatientes. La revolución de 1789 degeneró en el autoritarismo de Napoleón porque los revolucionarios se dedicaron en los momentos de combatir a inventar discursos y a discursar sin descanso. La revolución inglesa de Cromwell se disolvió en mares de oratoria, y la oratoria preparó la dictadura.

Todos recuérdan o pueden recordar que, desde el Primero de Mayo del año actual hasta momentos antes del golpe militar del 19 de julio—tan previsto en los discursos—, Zaragoza fue un hervidero de propaganda. Hubo allí un congreso confederal muy concurrido, que duró quince días, y varios actos multitudinarios. Las concentraciones que siguieron al congreso y el congreso mismo representaron el desembolso de un millón de pesetas entre viajes y estancia de delegados y demás compañeros que coincidieron en Zaragoza. Un millón de pesetas desembolsadas para oír discursos. Si el millón de pesetas se hubiera empleado en armas, en vez de esperar éstas de un gobernador, no existirían hoy los criminales focos fascistas de Huesca y Zaragoza, ni estarían fusilados los camaradas caídos en ambas ciudades.

En otro orden de consideraciones, y dejando sentido anticipadamente que toda guerra imperialista se produce por los oradores, recordemos que cuando éstos arriaron en sus arengas, todos los españoles dieron por perdida la guerra de Cuba en 1895. La tribuna es una antítesis de la barricada y del campo de batalla. Ahora mismo, el camarada Duruti, cuando tiene algo que decir, lo dice escuetamente. En dos meses de lucha, habrá hablado treinta minutos, a razón de quince minutos por mes. Los oradores de la retaguardia, en cambio, hablan por los codos. No hay fuerza humana que les haga enmudecer. Cuando expresan su indignación contra el fascismo, parece que van a dejar la tribuna para coger el fusil, pero lo que hacen en realidad es volver a hablar, hablar siempre, no callar nunca.

Esto debe acabar, como deben acabar los desfiles de teatro y la profusión carnavalesca de uniformes en los que se encuadra hasta a los niños. La guerra es una cosa seria. El que la tome como pretexto para hacer partido, para lucirse en la tribuna o perpetuar el carnaval, debe ser repudiado por todos. Es muy fácil vestirse de máscara a docientos kilómetros del frente. Es muy fácil amenazar al fascismo a trescientos kilómetros de las avanzadas. Es muy fácil retirarse del fascismo salvaje cuando no se experimentan sus salvajadas. Por lo mismo, debería extremarse cuidadosamente la selección de no convertir la retaguardia en una contradanza de máscaras y discursos con plátano oratorio y desfiles continuados a paso germánico. Los anarquistas son una excepción. Todas las columnas formadas bajo el signo libertario han ido al frente sin desfilas espectacularmente.

Guerra de oradores, guerra perdida. Guerra de combatientes, guerra ganada. Que los tribunales vayan al frente. Allí tendrán ocasión magnífica de dar pruebas de valentía, pruebas forzosamente recusables cuando se ofrecen desde una cómoda tribuna. Y si no quieren ir al frente, que callen. España no necesita excusantes para aplastar al fascismo. Necesita brazos y elementos de combate. Brazos, los tiene y los tendrá sin excusaciones, tantos como se requieran en cada momento. Medios, los tendrá también. Lo que urge es apagar la voz tubulencia. Cuando ruga la metralla, el orador parece una rata que chillá.

Guerra de oradores, guerra perdida. Guerra de combatientes, guerra ganada. Que los tribunales vayan al frente. Allí tendrán ocasión magnífica de dar pruebas de valentía, pruebas forzosamente recusables cuando se ofrecen desde una cómoda tribuna. Y si no quieren ir al frente, que callen. España no necesita excusantes para aplastar al fascismo. Necesita brazos y elementos de combate. Brazos, los tiene y los tendrá sin excusaciones, tantos como se requieran en cada momento. Medios, los tendrá también. Lo que urge es apagar la voz tubulencia. Cuando ruga la metralla, el orador parece una rata que chillá.

Guerra de oradores, guerra perdida. Guerra de combatientes, guerra ganada. Que los tribunales vayan al frente. Allí tendrán ocasión magnífica de dar pruebas de valentía, pruebas forzosamente recusables cuando se ofrecen desde una cómoda tribuna. Y si no quieren ir al frente, que callen. España no necesita excusantes para aplastar al fascismo. Necesita brazos y elementos de combate. Brazos, los tiene y los tendrá sin excusaciones, tantos como se requieran en cada momento. Medios, los tendrá también. Lo que urge es apagar la voz tubulencia. Cuando ruga la metralla, el orador parece una rata que chillá.

Guerra de oradores, guerra perdida. Guerra de combatientes, guerra ganada. Que los tribunales vayan al frente. Allí tendrán ocasión magnífica de dar pruebas de valentía, pruebas forzosamente recusables cuando se ofrecen desde una cómoda tribuna. Y si no quieren ir al frente, que callen. España no necesita excusantes para aplastar al fascismo. Necesita brazos y elementos de combate. Brazos, los tiene y los tendrá sin excusaciones, tantos como se requieran en cada momento. Medios, los tendrá también. Lo que urge es apagar la voz tubulencia. Cuando ruga la metralla, el orador parece una rata que chillá.

Guerra de oradores, guerra perdida. Guerra de combatientes, guerra ganada. Que los tribunales vayan al frente. Allí tendrán ocasión magnífica de dar pruebas de valentía, pruebas forzosamente recusables cuando se ofrecen desde una cómoda tribuna. Y si no quieren ir al frente, que callen. España no necesita excusantes para aplastar al fascismo. Necesita brazos y elementos de combate. Brazos, los tiene y los tendrá sin excusaciones, tantos como se requieran en cada momento. Medios, los tendrá también. Lo que urge es apagar la voz tubulencia. Cuando ruga la metralla, el orador parece una rata que chillá.

Guerra de oradores, guerra perdida. Guerra de combatientes, guerra ganada. Que los tribunales vayan al frente. Allí tendrán ocasión magnífica de dar pruebas de valentía, pruebas forzosamente recusables cuando se ofrecen desde una cómoda tribuna. Y si no quieren ir al frente, que callen. España no necesita excusantes para aplastar al fascismo. Necesita brazos y elementos de combate. Brazos, los tiene y los tendrá sin excusaciones, tantos como se requieran en cada momento. Medios, los tendrá también. Lo que urge es apagar la voz tubulencia. Cuando ruga la metralla, el orador parece una rata que chillá.

Guerra de oradores, guerra perdida. Guerra de combatientes, guerra ganada. Que los tribunales vayan al frente. Allí tendrán ocasión magnífica de dar pruebas de valentía, pruebas forzosamente recusables cuando se ofrecen desde una cómoda tribuna. Y si no quieren ir al frente, que callen. España no necesita excusantes para aplastar al fascismo. Necesita brazos y elementos de combate. Brazos, los tiene y los tendrá sin excusaciones, tantos como se requieran en cada momento. Medios, los tendrá también. Lo que urge es apagar la voz tubulencia. Cuando ruga la metralla, el orador parece una rata que chillá.

Guerra de oradores, guerra perdida. Guerra de combatientes, guerra ganada. Que los tribunales vayan al frente. Allí tendrán ocasión magnífica de dar pruebas de valentía, pruebas forzosamente recusables cuando se ofrecen desde una cómoda tribuna. Y si no quieren ir al frente, que callen. España no necesita excusantes para aplastar al fascismo. Necesita brazos y elementos de combate. Brazos, los tiene y los tendrá sin excusaciones, tantos como se requieran en cada momento. Medios, los tendrá también. Lo que urge es apagar la voz tubulencia. Cuando ruga la metralla, el orador parece una rata que chillá.

Guerra de oradores, guerra perdida. Guerra de combatientes, guerra ganada. Que los tribunales vayan al frente. Allí tendrán ocasión magnífica de dar pruebas de valentía, pruebas forzosamente recusables cuando se ofrecen desde una cómoda tribuna. Y si no quieren ir al frente, que callen. España no necesita excusantes para aplastar al fascismo. Necesita brazos y elementos de combate. Brazos, los tiene y los tendrá sin excusaciones, tantos como se requieran en cada momento. Medios, los tendrá también. Lo que urge es apagar la voz tubulencia. Cuando ruga la metralla, el orador parece una rata que chillá.

Guerra de oradores, guerra perdida. Guerra de combatientes, guerra ganada. Que los tribunales vayan al frente. Allí tendrán ocasión magnífica de dar pruebas de valentía, pruebas forzosamente recusables cuando se ofrecen desde una cómoda tribuna. Y si no quieren ir al frente, que callen. España no necesita excusantes para aplastar al fascismo. Necesita brazos y elementos de combate. Brazos, los tiene y los tendrá sin excusaciones, tantos como se requieran en cada momento. Medios, los tendrá también. Lo que urge es apagar la voz tubulencia. Cuando ruga la metralla, el orador parece una rata que chillá.

Guerra de oradores, guerra perdida. Guerra de combatientes, guerra ganada. Que los tribunales vayan al frente. Allí tendrán ocasión magnífica de dar pruebas de valentía, pruebas forzosamente recusables cuando se ofrecen desde una cómoda tribuna. Y si no quieren ir al frente, que callen. España no necesita excusantes para aplastar al fascismo. Necesita brazos y elementos de combate. Brazos, los tiene y los tendrá sin excusaciones, tantos como se requieran en cada momento. Medios, los tendrá también. Lo que urge es apagar la voz tubulencia. Cuando ruga la metralla, el orador parece una rata que chillá.

Guerra de oradores, guerra perdida. Guerra de combatientes, guerra ganada. Que los tribunales vayan al frente. Allí tendrán ocasión magnífica de dar pruebas de valentía, pruebas forzosamente recusables cuando se ofrecen desde una cómoda tribuna. Y si no quieren ir al frente, que callen. España no necesita excusantes para aplastar al fascismo. Necesita brazos y elementos de combate. Brazos, los tiene y los tendrá sin excusaciones, tantos como se requieran en cada momento. Medios, los tendrá también. Lo que urge es apagar la voz tubulencia. Cuando ruga la metralla, el orador parece una rata que chillá.

SIEMPRE VIGILANTES

La historia habla de traiciones

Vivamos hoy. No haya palabras, sino hechos. Armas y no promesas. Los días son de asalto. Haya sangre, pero recojamos el fruto. No nos precipitemos, pero tampoco dejemos pasar los momentos. El mundo entero está pendiente del primer paso, español, de la marcha que en lo sucesivo inicie el anarquismo ibérico una vez abatido el fascismo. Europa, principalmente, no aparta la vista de esta serie magníficamente llevada a cabo por la decisión inquebrantable de los hombres libres. Vivamos hoy. Viva el pueblo español sus horas de fábulo, sus días de entusiasmo, pero no se olvide de las armas que le valieron para la reconquista de la libertad y que le valen para que nadie pueda arrebatárselo lo que en buena lid consiguió.

Guarda el pueblo también, con gran cuidado y vigilancia, lo territorialmente conquistado y defendido con el mismo tesón y arrojo que antes lo hicieron. Conserve íntegramente todo su poder defensivo y constructivo, todo su valor progresista inmediato, para ser transformado en lo mediano, que indiscutiblemente será. Tenga visión en estos momentos de tanta responsabilidad colectiva, y no tema jamás a los contratiempos que en todas revoluciones han surgido. Cerebro y músculos unidos hacen de la revolución un baluarte infranqueable, para los enemigos que aun eligen emboscadas, esperando la ocasión de manifestarse otra vez en la calle. Alcanse con energía y virilidad contra cualquier nuevo intento fascista y no permita que mano en la revolución.

cuando el pueblo lo realiza. Todo es equitativo cuando el pueblo lo acuerda por expresa voluntad.

Ni miedo ni temor. Antes morir que ser vendidos. No es una guerra. Es la revolución social. No es un acto reivindicativo, sino vindicativo. Justicia que el pueblo administre. Justicia que se aplique gratuitamente contra aquellos que odian la verdadera justicia.

Estancarse en un sitio es a veces perjudicial para el futuro que ya se vislumbra; que ya está más cerca. Vigilemos al futuro en el presente. Hagamos del presente lo que nos falta para llegar al futuro y no perdamos ni siquiera un milímetro de terreno. Siempre han existido las borrascas, pero todas tienen su fin. Establezcamos una buena vigilancia y no los temamos. Por mucho que éstas quisieran observar, por mucha velocidad que desarrollaran, no serían lo suficiente para arrollar al pueblo consciente y decidido, grande en sus percepciones, y sublime en las realizaciones.

Adelante la ciencia. Avance el progreso en su grado máximo y vaya en vanguardia la idea humana de una sociedad libre, fundamentada en la igualdad social.

Aun no ha desaparecido el peligro. El peligro continúa, existe. En todas partes se encuentra, ahora oculto, pero vuelve mañana al descubierto. Habla la historia de traiciones. La historia nos descubre la geografía revolucionaria de otros pueblos en otras épocas. Hablas las épocas con claridad meridiana de lo que los hombres realizaron una vez que dejaron de serlo. Vigilemos, pues, nosotros a los que hoy aparecen como hombres en escenas semejantes a

manifestan y no los perdamos de vista.

En España hay un Gobierno. Dos gobiernos hay en España que facilitaron al pueblo anarquista de poderes revolucionarios para combatir al fascismo hasta su total exterminio, pero el fascismo aun no se ha liquidado, no ha desaparecido aún. Conserva entre sus garras pueblos y ciudades, campos y cosechas, armas y municiones en calidad y cantidad distribuidas entre frailes y curas; entre cruces y escapolarios, entre fajinos y estrolios que huelen a sangre y corrupción, a exterminio de todo lo noble y bello del arte y la naturaleza.

Si a lo expuesto añadimos el hambre que se aproxima, el cuadro no puede ser más edificante, ya que el hambre es propio de todas las revoluciones que como ésta lo son, apenas que lo sucedido en España no hubiera repercutido tanto en las naciones extranjeras y se hubiera limitado sólo a una simple revuelta, pero la realidad es otra y así ser oire. Los hechos no pueden ser los mismos. A mayor destrucción, mayores son los efectos.

Aquí el problema constructivo. Aquí la escuela y la escuela. Aquí también el saneamiento público.

Las tentaciones ahora son imprecendentes, innecesarias. Las tentaciones son completamente absurdas en estos momentos tan precisos. El hombre que se lamenta y no ejecuta, no es revolucionario.

La acción inmediata es una de las armas más principales, para que la revolución no se detenga hasta conseguir sus objetivos.

Lo peor es imponer a los inconvenientes otros inconvenientes que detengan o traten de detener la gran avasalladora humana emprendida por millones y millones de obreros.



Libre acuerdo o libre desacuerdo; pero en este último caso, en vez de chocar entre sí los anarquistas que están en desacuerdo porque no son afines, que trabajen cada uno en su actividad antiafascista efectiva sin chocar con otro. Este otro puede ser otro anarquista. La guerra de ideas debe ser una guerra de ideas.